

Creencia, autoridad y algoritmos: Una lectura peirceana sobre la legitimación social de la Inteligencia Artificial

Jesica Noelia Niz*

Universidad de Buenos Aires

Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires

RESUMEN Este trabajo realiza una indagación desde la filosofía pragmatista de Charles Sanders Peirce sobre la creciente delegación de decisiones por parte de las personas a los sistemas de Inteligencia Artificial (IA). Desde los textos "*La fijación de la creencia*" (1877) y "*Cómo esclarecer nuestras ideas*" (1878), se explora cómo, en el contexto contemporáneo, dicha delegación se legitima socialmente mediante procesos que naturalizan la confianza en la eficacia algorítmica.

En este sentido, se examinan las implicaciones sociales de esta tecnología, las cuales conllevan a una pérdida de autonomía y capacidad crítica en los sujetos. Para ello, se articula la noción de creencia y dos de los métodos de fijación planteados por Peirce (autoridad y ciencia) con la "*aletheia algorítmica*" de Sadin (2020), que problematiza la construcción de una verdad algorítmica, y la crítica a la tecnología de Marcuse (2019), quien señala cómo se legitima la superioridad técnica a través de narrativas de eficiencia.

El trabajo concluye que la autoridad técnica de la IA opera mediante hábitos que refuerzan la delegación acrítica, limitando la reflexión sobre las consecuencias que esto conlleva. Frente a este panorama, se plantea la necesidad de promover formas de creencia fundamentadas en el método de la ciencia (Peirce), con el fin de recuperar la agencia humana en los contextos sociotécnicos actuales.

*Corresponding author.

Introducción

Charles Sanders Peirce (1839-1914) publicó los ensayos “*La fijación de la creencia*” (1877) y “*Cómo esclarecer nuestras ideas*” (1878), en la revista *Popular Science Monthly*, ambos textos forman parte de una serie más amplia que tituló *Illustrations of the Logic of Science*. Estos ensayos constituyen un abordaje de la lógica de la investigación científica enmarcada en una teoría general del conocimiento y buscaban acercar al público lector de la época a una reflexión sobre los procesos mediante los cuales los seres humanos adquieren, sostienen y revisan sus creencias.

En “La fijación de la creencia” Peirce expone que la creencia representa un estado satisfactorio que guía las acciones, mientras que la duda genera incomodidad y motiva la investigación. De este modo, para estabilizar las creencias, Peirce considera que se utilizan distintos métodos de fijación: la tenacidad, la autoridad, el método a priori y el método científico. En tanto, en “*Cómo esclarecer nuestras ideas*” Peirce introduce una nueva y detallada definición de creencia y enuncia su máxima pragmática: “Considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto” (Peirce 2012, 180). En este sentido, Peirce reflexiona que el significado de una idea debe buscarse en sus consecuencias prácticas concebibles, lo que implica que la claridad conceptual es operativa. Así, la creencia no se reduce a una opinión abstracta, sino que debe ser comprendida como una disposición que orienta la acción.

Desde esta perspectiva, el estudio de las creencias puede adquirir una dimensión crítica hacia fenómenos contemporáneos como el uso de tecnologías en la sociedad actual. En este sentido, el presente trabajo propone retomar la concepción de Peirce de la creencia y los métodos de autoridad y la ciencia para indagar en cómo la sociedad utiliza la tecnología y delega la toma de decisiones a sistemas automatizados (por ejemplo, la Inteligencia Artificial, en adelante IA), ya que subyace la creencia de que estos sistemas pueden brindar respuestas más eficientes. En suma, se utilizan herramientas teóricas de Peirce para pensar críticamente un fenómeno social contemporáneo.

La creencia y sus consecuencias prácticas

Tal como se desarrolló en la introducción, la máxima pragmática de Peirce manifiesta que las creencias no son significativas en tanto abstracciones, sino en tanto se vinculan con consecuencias prácticas. Con este criterio, la verdad adquiere un carácter contextual, en la medida en que su validez se define a partir de su eficacia en la resolución de problemas y en la orientación de la acción. Así, el pragmatismo se inscribe en una tradición epistemológica que privilegia la indagación como mecanismo central en la construcción del saber y se complementa con el falibilismo, doctrina que propone Peirce para sostener que todo conocimiento es provisional y susceptible de ser corregido o refutado.

Desde este marco, la creencia es un mecanismo que permite disipar la incertidumbre. Así lo explica Peirce en “*Cómo esclarecer nuestras ideas*” al indagar en las tres características de la creencia:

Primero, es algo de lo que somos conscientes; segundo, alivia la irritación de la duda, y tercero, implica el establecimiento en nuestra naturaleza de una regla de acción o, en pocas palabras, de un hábito. Al aliviar la irritación de la duda, que es el motivo para pensar, el pensamiento se relaja y reposa un momento una vez alcanzada la creencia (Peirce 2012, 177).

La creencia, entonces, es un hábito de acción que surge como una respuesta a la duda y esta noción resulta útil en la actualidad ya que se puede considerar que la tecnología, a través de sus diversos sistemas y plataformas, influye en la creación y reafirmación de hábitos. Un ejemplo de esto puede ser el uso del sistema de posicionamiento global (GPS), dado que existe la creencia de que optimiza el tiempo y elimina la incertidumbre a la hora de movilizarse porque tiene la capacidad de decidir la mejor ruta. En síntesis, se fijó el hábito de delegar la decisión a esta tecnología puesto que brinda el recorrido más eficiente y de manera casi instantánea.

Cabe destacar que analizar cómo la tecnología puede tomar decisiones prácticas por los humanos no es un tema nuevo, incluso fue problematizado por Marcuse en 1941 en “*Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna*”. Allí, Marcuse examina cómo la tecnología no es neutral, sino que incorpora una forma de racionalidad que transforma la relación del ser humano con el mundo. El referente de la teoría crítica define a la tecnología como “la totalidad de los instrumentos, mecanismos y aparatos que caracterizan la edad de la máquina” y, por ende, es “un proceso social”, un “modo de organizar y perpetuar o cambiar las relaciones sociales” y un “método de control y dominación” (Marcuse 2019).

En ese texto, Marcuse utiliza el ejemplo de las autopistas, sostiene que “le dicen al viajero qué hacer pensar” y concluye: “la cuestión decisiva es que esta actitud -que disuelve todas las acciones en una secuencia de reacciones semiespontáneas para prescribir normas mecánicas- no sólo es perfectamente racional, sino también perfectamente razonable” (Marcuse 2019, 73). Marcuse advierte que la sociedad fija la creencia de que la tecnología es la que tiene la capacidad de dar la mejor opción y por ende se acepta; o usando las palabras de Peirce (2012), “el pensamiento se relaja” y eso es lo que sucede al delegar la capacidad de decisión en la tecnología.

Cabe destacar que, en la actualidad, este hecho se amplía e involucra diversos planos de lo cotidiano: el uso de motores de búsqueda en Internet, las redes sociales e incluso aplicaciones de entretenimiento incluyen algoritmos que deciden acciones de los usuarios. Además, desde el 30 de noviembre de 2022, con el lanzamiento de ChatGPT (del inglés Chat Generative, Pre-Trained, Transformer), los sistemas de IA se tornaron la tecnología más utilizada para realizar diversas tareas y su uso extendido se volvió parte de la vida cotidiana, por eso a continuación se indaga en ellos.

La Inteligencia Artificial

En 1950, el matemático británico Alan M. Turing publicó un ensayo titulado *Computing Machinery and Intelligence* que analiza sistemas para evaluar la inteligencia de las máquinas a través de un test: el Test de Turing. Seis años más tarde, John McCarthy acuñó el término IA en la Conferencia de Dartmouth, donde se reunieron investigadores de diversos campos para discutir y explorar la idea de crear máquinas inteligentes. No obstante, McCarthy consideró años más tarde que hubiera sido mejor emplear el término “Inteligencia Computacional” porque es más preciso en lugar del término IA (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021).

En esta misma línea de ideas, Kate Crawford (2022) en “*Atlas de inteligencia artificial: poder, política y costos planetarios*” admite que el concepto “inteligencia artificial” crea malestar en la comunidad informática ya que se considera más del plano del “marketing” que de la “investigación”; por eso, desde el punto de vista técnico, se utiliza la expresión “aprendizaje automático”. No obstante, el concepto IA perduró y se instaló como hegemónico. Cabe destacarse que, en este texto, se considera la noción de IA planteada por Crawford (2022, 29):

La IA no es artificial ni inteligente. Más bien existe en forma corpórea, como algo material, hecho de recursos naturales, combustible, mano de obra, infraestructuras, logísticas, historias y clasificaciones. Los sistemas de IA no son autónomos, racionales ni capaces de discernir algo sin un entrenamiento extenso y computacionalmente intensivo, con enormes conjuntos de datos o reglas y recompensas predefinidas. De hecho, la IA como la conocemos depende por completo de un conjunto mucho más vasto de estructuras políticas y sociales.

Dicha definición de IA resulta relevante porque incluye “una serie de prácticas técnicas y sociales” (Crawford 2022, 29). En este sentido, se torna fundamental comprender a la IA no sólo como tecnología, sino como un fenómeno que refleja y reproduce relaciones de poder, intereses económicos y estructuras sociales. Con todo, reconocer a la IA en su dimensión material y social es clave para problematizar sus impactos y para cuestionar la naturalización de su autoridad técnica y abrir un espacio para una reflexión crítica sobre su rol en la sociedad contemporánea.

Por otra parte, el texto “*Desmitificando la Inteligencia Artificial*” (2021), de Ación et al, considera que existe una distinción relevante para añadir a esta definición y es la separación en dos tipos de inteligencia: la IA general, similar a la humana ya que puede abordar diversas áreas, y la IA enfocada, especializada en una tarea. La denominada IA general, entonces, busca reproducir el comportamiento y la inteligencia humana en un sentido amplio (incluso pensando en conciencia artificial), mientras que la IA enfocada se centra resolver tareas focalizadas en un dominio particular y con objetivos precisos (también denominada como IA específica o estrecha) (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021).

Asimismo, se puede añadir la mirada del filósofo chino de la tecnología Hui (2023) quien aporta la distinción entre IA fuerte e IA débil como una noción

fundamental para los estudios del concepto. Mientras que la clasificación entre IA general y estrecha se basa en el alcance y la versatilidad de las tareas que puede realizar un sistema, la diferencia entre IA fuerte y débil radica en el grado de autonomía y comprensión que la máquina posee. La IA débil, que engloba la mayoría de los sistemas actuales, se limita a procesar información y ejecutar funciones sin una comprensión genuina de su significado, desde el punto de vista de la lingüística sería una tecnología capaz de comprender la sintaxis. En cambio, la IA fuerte, aún teórica, supone una inteligencia artificial con capacidades cognitivas comparables a las humanas, capaz de razonar, aprender y adaptarse sin intervención externa, para continuar con la comparación lingüística sería que pueda comprender la semántica.

Estas nociones de IA ayudan a vislumbrar el fenómeno, pero es relevante indagar en cómo Peirce consideró aspectos de análisis que pueden ser equivalentes a algunas de estas ideas. Por ejemplo, en 1887 publicó *Logical Machines* en *The American Journal of Psychology* donde analiza un tipo especial de máquinas que realizan trabajos mentales, a las que denomina máquinas lógicas pues son capaces de ejecutar razonamientos que, hasta ese momento, sólo eran realizados por humanos; sin embargo, según Peirce, estas máquinas tenían limitaciones intrínsecas. Las máquinas lógicas del Siglo XIX, como las de Jevons y Marquand, podían ejecutar razonamientos válidos, pero Peirce sostenía que no eran capaces de construir un interpretante tal como lo realiza un humano (Peirce, citado en Legris y Olezza (2024)).

En este sentido, el concepto de IA fuerte tiene puntos en común con la noción de máquina lógica con la capacidad de construir interpretantes que Peirce no encontraba en el Siglo XIX y que sigue siendo el horizonte en el desarrollo de los sistemas de IA. Aquí parece resplandecer, una vez más, la lucidez de Peirce, ya que incluso informáticos actuales coinciden con su punto de vista y se alejan de las concepciones de filósofos contemporáneos que instan a darle una entidad antropomórfica a las IA. Peirce en un contexto muy distinto de la humanidad tuvo la claridad mental para escribir sobre nociones que pueden ayudar a pensar el futuro como se analiza en el siguiente apartado.

La IA como régimen de verdad

A continuación, se aborda cómo esta tecnología específica, la IA, adquiere autoridad y se impone como fuente legítima de creencia en las sociedades contemporáneas. Para este fin, se retoman conceptos planteados por Peirce en su texto “*La fijación de la creencia*”. Un punto clave del artículo es la desemejanza entre la sensación de dudar y la de creer (2012). Para el autor, la duda es un estado mental que causa irritación, pero al mismo tiempo motiva la acción del pensamiento al buscar el dominio de nuevas creencias. La duda estimula la investigación ya que es un estado de inquietud e insatisfacción, mientras que las creencias generan “tranquilidad” y “guían nuestro deseo y moldean nuestras acciones” (Peirce 2012, 161).

Los métodos de fijación de la creencia propuestos por Peirce son tenacidad, autoridad, a priori y método científico. El primer método de fijación de la creencia es la tenacidad, que implica que una persona ignora sistemáticamente todo aquello que pueda conducirlo a un cambio de opinión (Peirce 2012)); el segundo método es la autoridad, que según Peirce, es uno de los métodos más efectivos a lo largo de la historia de la humanidad; el tercero es el a priori, que “produce en el intelecto un sentimiento de evidencia y de libre adhesión” (Samaja 2016, 25) y, por último, el método superior de fijación de la creencia que plantea Peirce es la ciencia.

Peirce (2012) considera que el método de la autoridad es el que más tiempo ha sido usado, y que por lo general ha funcionado mejor. Para actualizar esta idea, los aportes del filósofo francés Eric Sadin en su libro *“Inteligencia Artificial o el desafío del siglo”* logran dar una noción sobre la autoridad que ejercen los sistemas de IA. El autor francés plantea que nunca un régimen de verdad se había impuesto en la historia como lo hace la “*aletheia* algorítmica”:

De ahora en adelante, la carga conferida a lo digital no consiste solamente en permitir el almacenamiento, la indexación y la manipulación más sencilla de corpus cifrados, textuales, sonoros o icónicos con vistas a diferentes finalidades, sino en divulgar de modo automatizado el tenor de situaciones de toda índole. Lo digital se erige como una potencia aletheica, una instancia consagrada a exponer la aletheia, la verdad (...) (Sadin 2020, 17).

Así retoma el término “*aletheia*”¹ del griego clásico que da cuenta de la manifestación de la verdad oculta o el destape de lo que está encubierto y sostiene que este nuevo régimen de verdad, “*aletheia* algorítmica”, tiene 5 características:

A largo plazo, está destinado a relacionarse con la casi totalidad de los asuntos humanos y a ejercerse en toda circunstancia. Proviene, en cada campo de aplicación, de una fuente única, eliminando de facto el principio de una prehensión plural de las cosas. Se inscribe principalmente en una lógica del tiempo real, revelando estados de hechos en el momento mismo en que estos hechos tienen lugar, impulsándonos en consecuencia a actuar dentro del menor lapso posible y deslegitimado el tiempo específico del análisis humano. Se le asigna un estatuto de autoridad inducido por una eficacia que aumenta sin descanso, paralizando desde la base toda pretensión de contradicción. Finalmente se relaciona únicamente con un espíritu utilitario que responde principalmente a objetivos de optimización, así como a intereses privados (Sadin 2020, 17).

Para Sadin la cuarta característica de este nuevo régimen de verdad es la autoridad de las IA que descansa en la idea de la “objetividad aparente” y la

¹Un texto fundamental del Siglo XX para indagar en el tema de la tecnología es “*La pregunta por la técnica*” de Heidegger (1958) y es justamente dónde el filósofo alemán retoma la noción de *aletheia* cuando intenta mostrar que la técnica moderna también es un modo de revelar.

capacidad de “peritar lo real de modo más fiable”. El autor esboza múltiples riesgos de este hecho y enuncia que “puede ser utilizada por gobiernos y corporaciones para establecer una verdad única y manipular a la opinión pública” (Sadin 2020). Por eso considera: “la exactitud computacional remite a una falsa, complaciente y cada vez más absoluta verdad (Sadin 2020, 93).

Con todo, la propuesta de “*aletheia* algorítmica” de Sadin se puede vincular con el método de la autoridad de Peirce dado que ambas nociones permiten explorar cómo la inteligencia artificial actúa como mediadora de la información (basándose en evidencias y capacidad computacional superior) lo que la convierte en una fuente de autoridad. Sin embargo, esta dinámica refuerza el riesgo de una hegemonía algorítmica que, en lugar de fomentar la reflexión crítica, perpetúe visiones unilaterales que carecen de un fundamento científico. Aquí se advierte el riesgo de no profundizar en la problematización de este tema, ya que se puede limitar el debate y la diversidad de perspectivas, condiciones esenciales para un análisis crítico riguroso.

Marcuse también advierte sobre lo peligroso de una verdad tecnológica porque “implica la subordinación del pensamiento a estándares externos dados de antemano” (Marcuse 2019, 77). Luego especifica: “Podríamos llamar a este conjunto de valores de verdad *la verdad tecnológica, tecnológica* en el doble sentido de que es un instrumento para la conveniencia más bien que un fin en sí mismo, y que sigue una forma de comportamiento tecnológico (Marcuse 2019, 77 el subrayado es del autor).

Un caso actual que ilustra la delegación de decisiones a la IA es el uso de herramientas como ChatGPT en contextos educativos. Estudiantes y docentes recurren a este tipo de sistemas para responder preguntas, redactar o resolver problemas. Dicha práctica se legitima socialmente a través de la creencia de que estas herramientas ofrecen la mejor respuesta posible, dado su entrenamiento en grandes volúmenes de datos. Esta confianza se convierte en hábito: se consulta sin verificar y/o se replica sin cuestionar. En suma, este hábito de consulta acrítica puede interpretarse como una fijación de la creencia por autoridad.

Tal como advierte Peirce (2012), esta forma de creencia es efectiva para eliminar la duda, pero no garantiza la verdad ni promueve la reflexión crítica. Además, se invisibiliza el hecho de que estos sistemas pueden ofrecer respuestas erróneas (alucinaciones), sesgadas o descontextualizadas. Así, se consolida un régimen de autoridad algorítmica que, como plantea Sadin, impone una “*aletheia*” basada en apariencias de objetividad y eficacia, privando del pensamiento crítico que debería ser central en la educación en todos sus niveles.

Entonces, en el siglo XXI se corre el riesgo de que se fije como creencia que las IA tienen autoridad porque sus resultados están basados en evidencias. No obstante, se invisibiliza el debate en torno a que los resultados que otorgan las IA, que intentan presentarse como conclusiones cerradas que llevan a que luego se inicien las acciones correspondientes, en realidad cuentan con limitaciones inherentes a su diseño y funcionamiento. Cabe destacar que los modelos de IA dependen de grandes volúmenes de datos, los cuales pueden contener errores sistemáticos y sesgos. Desde la bibliografía informática, se define a los sesgos algorítmicos como casos en donde un sistema basado en IA comete errores sistemáticamente

en detrimento de una subpoblación en particular. En el texto de Ación et al, para ilustrar la idea de sesgo, recurren a un caso emblemático: “[...] un desarrollador de software afrodescendiente que había denunciado en las redes sociales cómo la conocida aplicación de Google para la gestión de imágenes había asignado a él y sus amigos la etiqueta de ‘Gorilla’ [...]” (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021, 71).

Asimismo, otros desarrollos basados en IA que suelen producir sesgos son los que realizan traducciones automáticas porque “perpetúan estereotipos de género” al traducir al “género femenino a términos como enfermero/a, panadero/a y organizador/a de bodas, pero traduciendo al masculino las palabras médico/a, científico/a o ingeniero/a” (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021, 73). Los sistemas de IA pueden potencialmente tener sesgos que repiten, o incluso profundicen errores, prejuicios e injusticias sociales y, por este motivo, no debe entenderse a la IA como una tecnología aséptica, sino como técnicas que “están mediadas por profesionales de la informática” quienes “codifican sesgos y consideraciones éticas con más o menos conciencia de ello” (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021, 85).

Por otra parte, como se destacó con anterioridad, la IA sigue siendo débil ya que carece de comprensión contextual (Hui 2023), por eso a diferencia de los humanos, los algoritmos trabajan con patrones estadísticos sin capacidad de razonamiento crítico. Los algoritmos de aprendizaje automático ajustan sus respuestas a partir de los datos con los que han sido entrenados, por lo que, si estos contienen distorsiones o inexactitudes, el sistema puede reforzar estos errores en lugar de corregirlos. En esta línea de ideas, Sadin da ejemplos de cómo algunos Estados han utilizado resultados de IA para tomar decisiones como despidos de empleados. Aquí, radica un punto crucial: las IA no son infalibles y darles autoridad para tomar decisiones puede tornarse un riesgo para la sociedad.

Por este motivo, siguiendo a Peirce, se debe buscar el método de fijación de la creencia superior: la ciencia. Ahora bien, aplicar el método científico a las IA cuenta con inconvenientes, por ejemplo, la caja negra que existe en algunos sistemas con relación a su funcionamiento: la falta de explicabilidad. También, deben sumarse los errores y las respuestas apócrifas, las ya nombradas alucinaciones. Peirce destaca la importancia de la justificación racional en el método de la ciencia; pero, en la actualidad, algunos sistemas de IA no cuentan con explicabilidad. En este marco, Ación et al considera que “los métodos de explicabilidad se suelen utilizar para generar conocimiento, encontrar fallas en un sistema, justificar y mejorar los modelos” (Ación, Alonso Alemany, y Ferrante 2021, 82). Esta idea resulta esencial y coincide con un aspecto fundamental planteado por Peirce, y es que el método de la ciencia “es el único de los cuatro métodos que presenta alguna distinción entre un camino correcto y otro erróneo” (Peirce 2012, 168).

Sin embargo, hasta el momento en el plano de la IA esta distinción sólo puede ser posible a través de una vigilancia humana de los modelos. Por eso, la IA tiene que ser considerada como una herramienta de apoyo que requiere de la intervención humana para evaluar sus resultados de manera crítica y contextualizada. Desde la bibliografía informática, para adecuar a las IA a un método racional, se propone incorporar un ciclo de retroalimentación similar al método científico donde las

predicciones se validan y los modelos se actualizan continuamente para mejorar su precisión y robustez; es decir, un método de la ciencia similar al planteado por Peirce.

Marcuse concuerda con esta noción, cuando plantea que la tecnología también puede generar la liberación potencial de los individuos, siempre que se complemente con el pensamiento crítico: “Las categorías del pensamiento crítico preservan su valor de verdad sólo si dirigen la realización plena de las potencialidades sociales que ellas imaginan, y pierden su vigor si determinan una actitud de conformidad fatalista o asimilación competitiva (Marcuse 2019, 79).

En síntesis, la noción de creencia y los métodos de fijación permiten indagar en la realidad actual y reflexionar sobre el uso acrítico de la IA. En este sentido, se considera que Peirce brinda un marco teórico que permite reflexionar sobre contextos sociotécnicos actuales.

Conclusión

La articulación entre la concepción peirceana de la creencia con la crítica a la racionalidad tecnológica permite revelar cómo la autoridad técnica de la IA se inscribe en un régimen que trasciende su dimensión meramente instrumental. Desde Peirce, se comprende que la fijación de creencias mediante el método de la autoridad implica la consolidación de hábitos que naturalizan la confianza en la eficacia y objetividad de la IA. Asimismo, la crítica de Sadin y Marcuse aportan que esta naturalización no es neutral ni inocua, sino que forma parte de una racionalidad tecnológica que, lejos de ser un mero medio, constituye un modo de organización social que perpetúa estructuras de poder. Esto resulta evidente al examinar los sesgos que presentan las IA dado que cometen errores sistemáticamente en detrimento de una subpoblación en particular o reproducen estereotipos de género.

Así, la tecnología -y en particular la IA- no solo refleja intereses técnicos, sino que es un instrumento activo en la configuración y mantenimiento del *statu quo*, limitando la autonomía crítica y la capacidad de cuestionar las condiciones sociales subyacentes. Solo desde una articulación crítica es posible abrir espacios para formas de creencia y acción que promuevan la recuperación del pensamiento crítico humano frente a la creciente tecnificación de la vida social.

En este contexto, la distinción peirceana entre duda y creencia resulta fundamental para fomentar una actitud reflexiva frente a las verdades algorítmicas. Este texto considera que la solución no radica en rechazar la tecnología, sino en aplicar el principio del falibilismo de Peirce: reconocer que toda creencia, incluidas las generadas por sistemas de IA, es provisional y debe someterse a un escrutinio crítico constante. De este modo, la razón científica se reafirma como un proceso colectivo, dinámico y esencial para guiar a la sociedad en la era digital.

Para concluir, es pertinente recordar las palabras de Samaja (2016, 34): “La ciencia, con sus indagaciones sobre leyes, sobre invariantes estructurales, es un modo de posibilidad de existencia misma de un cierto tipo de sociedad humana: la sociedad con Estado”. En momentos en que el papel del Estado se encuentra

en discusión, resulta necesario promover el proceso científico como un pilar indispensable para garantizar el desarrollo humano y social.

Bibliografía

- Ación, L., L. Alonso Alemany, y E. Ferrante. 2021. «Desmitificando la Inteligencia Artificial». En *Inteligencia artificial: Una mirada multidisciplinaria*, editado por M. A. Solanet, 63-86. Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.
- Crawford, K. 2022. *Atlas de inteligencia artificial. Poder, política y costos planetarios*. Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, Martin. 1958. «La Pregunta Por la Técnica». *Revista de filosofía (Chile)* 5 (1): 55-79.
- Hui, Y. 2023. «ChatGPT o la escatología de las máquinas». *Palabra Pública, Universidad de Chile*. <https://palabrapublica.uchile.cl/chat-gpt-o-la-escatologia-de-las-maquinas/>.
- Legrís, J., y M. Olezza. 2024. «Mecanismos, deducción y semiosis: Charles S. Peirce y las máquinas lógicas». *Signos Filosóficos* 26 (51): 1-22. <https://doi.org/10.24275/sfilo.v26n51.01>.
- Marcuse, H. 2019. *Tecnología, guerra y fascismo*. Ediciones Godot.
- Peirce, C. S. 2012. *Obra filosófica reunida. Tomo I (1867-1893)*. Traducido por D. McNabb. Fondo de Cultura Económica.
- Sadin, E. 2020. *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. Caja Negra Editora.
- Samaja, J. 2016. *Epistemología y metodología: Elementos para una teoría de la investigación científica*. 3ª ed. EUDEBA.